



El Arzobispo Coadjutor de Mérida-Badajoz

Exhortación a los fieles, durante la solemne celebración con motivo del inicio del ministerio pastoral.

Santa Iglesia Catedral Metropolitana de San Juan Bautista
Badajoz

15 de Noviembre de 2014

Querido Sr. Nuncio de su Santidad, el Papa Francisco, en España,
Mons. Renzo Frattini; querido don Santiago, Arzobispo de Mérida-Badajoz:
queridos hermanos en el Episcopado;
queridos sacerdotes, miembros del Colegio de Consultores, Vicario
General, Vicarios episcopales, y Consejo Presbiteral religiosos,
religiosas, seminaristas;
estimadas autoridades regionales, locales, militares;
queridos hermanos y hermanas, familiares queridos.

1. Cuando el Señor vuelve a Cafarnaúm - después del milagro de la multiplicación de los panes, que había realizado *"en la otra parte del mar de Galilea"* - tiene el discurso, en la sinagoga de esa ciudad preferida por Él, sobre el pan de vida:

"me buscáis porque habéis comido de los panes y os habéis saciado... en verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio el pan del cielo, es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el

que baja del cielo y da la vida al mundo".

No me busquéis por otra cosa -viene a decir Jesús- ¡buscadme por Mí mismo!

Ante estas sorprendentes y alentadoras palabras, la gente dice al Señor: "*¡Señor, danos siempre de ese pan!*" (Jn 6, 32-33).

Todos debemos concebir nuestra misión de cristianos, de sacerdotes, como una respuesta a esa hambre de los hombres: "dadnos siempre de ese pan". Así también concibo yo mi misión como Obispo Coadjutor de esta querida Iglesia particular de Mérida-Badajoz. ¡Ofrecer ese pan, que es Cristo! ¡Ayudar a encontrar ese pan, que es Cristo!

Estamos viviendo una fuerte crisis de fe, que afecta a tantos hijos e hijas de la Iglesia, bautizados pero alejados, práctica y vitalmente, de su verdad y de su vida, de su predicación y de sus sacramentos, a través de los cuales se tramite la vida de Cristo en nosotros, ¡el pan de vida!

A causa de una fuerte y progresiva secularización, en muchas partes del mundo, y, en concreto, en nuestra España, la referencia a Dios ha disminuido fuertemente y la fe ya no es socialmente compartida. La falta de fe o la indiferencia respecto a las verdades de la fe, - además de privamos de la esperanza en las realidades eternas, y del Amor a de Dios y a Dios, que dan el único sentido posible a nuestra vida terrena- nos cierran inexorablemente en el egoísmo, en el individualismo, que nos lleva a buscar realizarnos según nuestros propios deseos, asumidos como valores absolutos. Se cumple así, en tantas vidas humanas contemporáneas, la antigua tentación del libro del Génesis: "*seréis como Dios... seréis como dioses*" (Gen 3,4)¹ (Si prescindes de Dios, si no lo tienes en cuenta)

Pero esta situación no puede quitarnos la esperanza, ni la alegría de evangelizar, como nos ha recordado el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica "*Evangelii gaudium*". Por el contrario, debe llevar a convencernos, cada vez más, que el único remedio para esta locura, que nos lleva a la infelicidad más absurda, es el Mesías, como promete la profecía del Génesis, después del pecado de nuestros progenitores; volvemos humildemente al Señor Jesús y pedirle: "*¡Señor, danos siempre ese pan!*"

Hagamos el propósito, cada una, cada uno, desde su puesto en la sociedad y en la Iglesia, de ser instrumentos eficaces de evangelización para saciar esa hambre, esa "hambruna" que nos atenaza hoy tan pesadamente, tan ocultamente: que demos a conocer como conviene el misterio del Evangelio, ¡valientemente! (Cfr. Ef. 6, 20). En este día de la Iglesia diocesana hagamos nuestro el lema de la campaña de este año: "participar en tu parroquia es hacer una declaración de principios".

2. Junto con vosotros quiero yo también contribuir a paliar esa hambre de justicia, de pan y en definitiva esa hambre de Dios escondida, disimulada, que hoy padecemos, puesto que *"con vosotros soy cristiano, para vosotros soy obispo"* (Sermón 340). San Agustín, gran pastor y ejemplo de pastores, se presentaba así a sus fieles de Hipona. No podría yo ser buen obispo, buen pastor, si no luchara por ser buen cristiano, cristiano auténtico. *"Christianus sum"*, ¡soy cristiano! Esa era la confesión humilde y fuerte con que los mártires cristianos de los primeros siglos -y en nuestra Archidiócesis de Mérida-Badajoz hay ejemplos concretos- se presentaban ante los procuradores romanos, que los hostigaban, invitándolos a renegar de su fe cristiana. Esta condición de cristianos es el consuelo de todos nosotros, es el don que Cristo nos hace, es nuestra salvación, como dice el mismo San Agustín: *"Si por un lado me aterroriza lo que soy para vosotros, por otro me consuela lo que soy con vosotros. Soy obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros. La condición de obispo connota una obligación, la de cristiano, un don; la primera comporta un peligro, la segunda, la salvación"*.

No quiero ocultaros que la responsabilidad de mi nombramiento me asusta y me preocupa, sin embargo el pensamiento de haber contraído con el episcopado una obligación particular respecto a la Iglesia, que la Iglesia universal y ahora la Iglesia particular de Mérida-Badajoz tiene sus derechos sobre mí, que no puedo ocultar este "talento" que el Señor me ha concedido para servir, me ayuda a superar esa preocupación. ¡*Cuento con vuestra oración!*

Debo amar a Cristo como un pastor lo debe amar, pues sé -siguiendo de nuevo a San Agustín- *"que Cristo dijo a Pedro: Pedro me amas? -pastorea mis ovejas. Y esto por tres veces consecutivas. Se le preguntaba sobre el amor y se le imponía una labor, porque cuanto mayor es el amor, tanto menor es la labor"*.

3. Conocéis mi sencilla biografía como sacerdote ordenado en el año 1972 para la antigua Diócesis de Calahorra, la Calzada y Logroño. He ejercido el ministerio sacerdotal en distintas parroquias de esta mi querida diócesis de origen y en la archidiócesis de Córdoba, en Argentina. Desde 1987 hasta el presente me he ocupado de la atención a los sacerdotes desde la Congregación para el Clero en la Curia Romana. Mi experiencia sacerdotal directa, y durante estos años en la Congregación para el Clero, me han hecho experimentar, junto a las dificultades y problemas, la belleza de la vocación sacerdotal cuando se vive en plenitud, como don total de sí mismo a Cristo y a los hombres, con corazón abierto a todas las necesidades de los fieles, como imagen viva de Jesús, Buen Pastor, con las limitaciones, torpezas y pecados de todo ser humano.

¡Cómo son verdad, aplicadas a la vida del sacerdote y a toda vida cristiana, aquellas palabras del sacerdote mártir en el campo de concentración nazi, san Maximiliano Kolbe: "*¡el odio no sirve para nada; sólo el amor crea!*", sin contraponer sino yuxtaponiendo, sin restar, sino sumando, también por lo que se refiere a la vida interna de nuestros presbiterios. Todo lo que ayuda y favorece la vida humana y sacerdotal, la vida espiritual de los sacerdotes diocesanos en el ejercicio del ministerio va, no sólo respetado, sino promovido y amado, sin miedo a exclusivismos o divisiones, que no tienen ningún sentido entre nosotros.

4. A los sacerdotes particularmente he dedicado estos últimos 27 años de mi vida. Ellos serán mi prioridad, en el ejercicio del ministerio episcopal entre vosotros, en plena comunión de colaboración y obediencia con don Santiago, nuestro Arzobispo. Deseo ser entre vosotros, amigo, compañero, hermano: Soy consciente también de mi responsabilidad delante de Dios si, en alguna ocasión, se hiciera necesaria la corrección leal paterna y fraterna.

Las vocaciones sacerdotales ocuparán también un puesto central en mi ministerio episcopal, consciente que, en la Iglesia, querida y fundada por Cristo, no hay alternativa al ministerio sacerdotal. "*Os daré pastores según mi corazón*" (Jer 3,15). Con estas palabras del profeta Jeremías, Dios promete a su Pueblo no dejado nunca privado de buenos pastores que lo congreguen y lo guíen. "*Pondré al frente de mis ovejas pastores que las apacienten y nunca más estarán medrosas o asustadas*" (Jer 23,4). Sin sacerdotes, la Iglesia no podría vivir aquella obediencia fundamental, que se sitúa en el centro mismo de su existencia y de su misión en la historia, esto es, la obediencia al

mandato de Jesús: "*id, pues, y haced discípulos a todas las gentes*" (Mt 28,19) Y "*haced esto en conmemoración mía*" (Lc 22,9).

Debemos empeñarnos todos seriamente, familias, educadores cristianos, religiosos, religiosas, sacerdotes, por obtener de Dios el don abundante de vocaciones sacerdotales y para la vida religiosa en nuestra Archidiócesis, mediante la oración, el sacrificio, el apostolado cristiano y una pastoral vocacional incisiva y eficaz.

5. Por último, la prioridad por las familias. El Sínodo extraordinario, recién clausurado en Roma y prólogo del Sínodo ordinario del próximo año 2015, es una llamada muy fuerte de parte de nuestro Señor para ocuparnos pastoralmente, de modo especial, de las familias de nuestra Archidiócesis, "*con sus alegrías, sus fatigas y sus esperanzas*" (Relatio synodi, n.1); y dentro de esta preocupación especial por las familias, que son auténtica "*escuela de humanidad*" (Gaudium et spes, 52), el aspecto concreto del apoyo a la fidelidad conyugal entre los esposos y el apoyo a los padres en la educación de los hijos. Al anunciar el evangelio de la familia cristiana es decisivo resaltar la primacía de la gracia y, por tanto, las posibilidades que el Espíritu Santo dona a los esposos para vencer las dificultades del "*pecado, de la tristeza, del vacío interior y del aislamiento*" (Papa Francisco, Evangelii gaudium, 1).

La atención pastoral privilegiada a las familias que están pasando por pesadas dificultades económicas, a causa del paro laboral, las familias con enfermos o ancianos que cuidar, los niños y los jóvenes, la atención pastoral preferencial por los pobres como signo concreto y visible que el Reino de Dios está siendo anunciado (cf Le 4,18), estarán muy presentes, con la ayuda de Dios, en mi ministerio episcopal.

Nos encomendamos a la Virgen de Guadalupe, patrona de toda la Metrópoli eclesial, para que nos guíe y nos ayude, como Madre, a encontrar nuevos caminos de anunciar el Evangelio de la verdad y de la misericordia.